

Llevaba un suéter nuevo, de color rojo ardiente, espantoso. Era 12 de mayo, pero la temperatura había bajado hasta los cinco o seis grados, y después de pasarme cuatro días tiritando en mangas de camisa, decidí comprarme algo de abrigo en una tienda de segunda mano en lugar de hurgar entre las cajas de ropa de invierno. Primavera en Chicago.

Estaba sentada en mi cubículo con las paredes forradas de arpillera, la mirada fija en el ordenador. Mi artículo de aquel día trataba sobre la vertiente torpe del mal: habían encontrado a cuatro niños, de edades comprendidas entre los dos y los seis años, encerrados en una habitación del South Side con un par de bocadillos de atún y un litro de leche. Llevaban allí tres días, moviéndose nerviosos de un lado a otro como polluelos en un corral, picoteando entre las migajas de comida y las heces de la moqueta. Su madre los había abandonado ahí; se había ido a fumar una pipa de agua, y había pillado tal colocón que incluso se había olvidado de ellos. A veces eso es lo que pasa, sin más, nada de quemaduras de cigarrillo ni huesos rotos: un simple descuido irreparable. Había visto a la madre después de que la detuvieran: Tammy Davis, de veintidós años, una mujer rubia y rolliza con colorete rosa en las mejillas en dos círculos perfectos del tamaño de vasos de chupito. Me la imaginé sentada en un sofá desvencijado, sus labios en el metal, una brusca exhalación de humo. Y luego, enseguida, todo empezaba a flotar a su alrededor, los niños iban quedando cada vez más atrás mientras ella retrocedía como un relámpago a los años

de instituto, cuando los chicos aún la miraban y ella era la más guapa, una chica de trece años con brillo en los labios que mascaba canela en rama antes de besar a alguien.

Una barriga. Un olor. Cigarrillos y café recalentado. Mi jefe, el respetado y fatigado director del periódico, Frank Curry, se balanceaba sobre sus agrietados Hush Puppies, los dientes anegados en saliva marrón por el tabaco.

—Oye, ¿cuánto te falta para acabar el artículo?

Encima de mi mesa había una chincheta plateada con la punta hacia arriba. Mi jefe la presionó levemente con la uña amarillenta del pulgar.

—Ya casi está.

Apenas llevaba escritas unas líneas de texto. Necesitaba más del triple.

—Vale, pues machaca a esa hija de puta, envíalo y ven a mi despacho.

—Puedo ir ahora.

—Machaca a esa hija de puta, envíalo y luego ven a mi despacho.

—Vale. Diez minutos.

Quería que me devolviera la chincheta.

Se disponía ya a salir de mi cubículo. La corbata se le balanceaba cerca de la entrepierna.

—¿Preaker?

—¿Sí, Curry?

—Machaca a esa hija de puta.

Frank Curry cree que soy una blanda. Tal vez sea porque soy mujer. Tal vez sea porque soy una blanda.

El despacho de Curry está en la tercera planta. Estoy segura de que le entra una mezcla de pánico y cabreo cada vez que mira por la ventana y ve el tronco de un árbol. Los buenos directores de periódico no ven corteza, sino hojas... eso si es que llegan a atisbar algún árbol desde una vigésima o trigésima planta. Sin embargo,

en el *Daily Post*, el cuarto periódico de mayor tirada de Chicago, relegado a las afueras, hay espacio para la expansión. Con tres plantas basta, de momento, tres plantas que se extienden en horizontal de forma implacable, como un vertido, desapercibido entre las tiendas de alfombras y de lámparas. Un promotor inmobiliario creó nuestro municipio en fases muy bien organizadas a lo largo de tres años, entre 1961 y 1964, y luego lo bautizó con el nombre de su hija, que había sufrido un grave accidente ecuestre un mes antes de la finalización de las obras. «Aurora Springs», decretó, deteniéndose para hacerse una foto junto al flamante cartel de entrada a la ciudad. A continuación cogió a su familia y se marchó. La hija, que ya ha cumplido la cincuentena y está bien excepto por algún que otro hormigueo ocasional en los brazos, vive en Florida y vuelve cada pocos años para sacarse una foto junto al cartel homónimo, tal como hizo papá.

Escribí la historia durante la última visita de la mujer. A Curry no le gustó nada, detesta los artículos realistas sobre la vida misma. Se trincó una botella entera de Chambord mientras lo leía, y dejó en el despacho un fuerte olor a frambuesas. Curry se emborracha sin llamar demasiado la atención, pero lo hace a menudo. Sin embargo, esa no es la razón por la que disfruta de tan agradables vistas a ras de suelo. Eso es simple y pura mala suerte.

Entré y cerré la puerta de su despacho, que no se parece en nada a como me había imaginado siempre que sería el despacho de mi jefe. Me habría encantado que tuviera paredes revestidas de madera de roble y un ventanal de cristal en la puerta —con la palabra «Jefe» inscrita en él— para que los periodistas novatos pudieran vernos discutir acaloradamente sobre los derechos de la Primera Enmienda. El de Curry es un despacho anodino e institucional, como el resto del edificio. Podías ir allí a hablar de periodismo o a hacerte una citología, a nadie le importaba.

—Háblame de Wind Gap.

Curry tenía la punta de un bolígrafo apoyada en la barbilla entrecana. Me imaginé el minúsculo punto azul que le dejaría entre la barba rala.

—Está en el extremo inferior de Missouri, en el talón de la bota. A tiro de piedra de Tennessee y Arkansas —le expliqué, apresurándome a soltar la información. A Curry le encantaba interrogar a los redactores sobre cualquier tema que se le antojase pertinente: la cifra de asesinatos en Chicago el año anterior, la tasa demográfica del condado de Cook o, por vete a saber qué razón, la historia de mi ciudad natal, un tema que yo prefería evitar—. Se fundó antes de la guerra de Secesión —continué—. Está cerca del Mississippi, así que en su momento fue una ciudad portuaria. En la actualidad su industria principal es la producción de derivados del cerdo. Tiene una población de unos dos mil habitantes: burgueses y escoria.

—¿Y a cuál de los dos grupos perteneces tú?

—Yo soy escoria... de origen burgués.

Sonreí, y él frunció el ceño.

—¿Y qué cojones está pasando allí?

Me quedé en silencio, sopesando las distintas desgracias que podrían haber ocurrido en Wind Gap. Es una de esas ciudades miserables propensas al sufrimiento: un accidente de autobús o un tornado; una explosión en un silo o un crío de dos años en el fondo de un pozo. Además, también estaba un poco enfadada. Había albergado la esperanza —como ocurría siempre que Curry me llamaba a su despacho— de que fuera a felicitar me por un artículo reciente, a ascenderme a un puesto mejor... qué sé yo, a darme un sobre con un aumento del uno por ciento; pero no estaba preparada para hablar de los sucesos de actualidad en Wind Gap.

—Tu madre todavía vive allí, ¿verdad, Preaker?

—Mi madre. Y mi padrastro.

Y una hermanastra que había nacido cuando yo estaba en la universidad, y cuya existencia me parecía tan irreal que a menudo me olvidaba de su nombre. Amma. Y luego Marian, desaparecida para siempre hace ya tanto tiempo.

—Bueno, ¿y hablas con ellos alguna vez?

No desde Navidad: una llamada fría y cortés tras la ingesta de tres bourbons. Temía que mi madre pudiese olerlo a través del hilo telefónico.

—No últimamente.

—Joder, Preaker, a ver si lees el teletipo alguna vez. Hubo un asesinato... ¿cuándo fue?, ¿en agosto? ¿Una niña estrangulada?

Asentí como si supiese a qué se refería, pero no era así. Mi madre era la única persona de Wind Gap con quien había mantenido algún contacto, y no me había dicho nada. Curioso.

—Pues ahora ha desaparecido otra. Tiene toda la pinta de tratarse de un asesino en serie. Bueno, quiero que vayas allá y me consigas la historia. Y rapidito. Tienes que estar allí mañana por la mañana.

Ni hablar.

—Ya tenemos historias terroríficas aquí mismo, Curry.

—Sí, y también tres periódicos competidores con el doble de presupuesto y de personal. —Se pasó la mano por el pelo, que le quedó revuelto y como deshilachado—. Estoy harto de que nos den con las noticias en las narices. Es nuestra oportunidad de encontrar algo realmente gordo. Una bomba.

Curry cree que si damos con la noticia adecuada, nos convertiremos de la noche a la mañana en el periódico de referencia de Chicago y ganaremos credibilidad a nivel nacional. El año pasado otro periódico, no el nuestro, envió a un reportero a su ciudad natal, en algún lugar de Texas, después de que un grupo de adolescentes se ahogase durante las inundaciones de primavera. Escribió un reportaje elegíaco pero bien documentado sobre la furia del agua y el dolor, cubriendo todos y cada uno de los aspectos del caso, desde el equipo de baloncesto de los chicos, que perdió a tres de sus mejores jugadores, hasta la empresa local de pompas fúnebres, desesperados ante su inexperiencia en el arreglo y presentación de cadáveres ahogados. El reportaje ganó un Pulitzer.

Pese a todo, yo no quería ir. Tanto era así, por lo visto, que me había agarrado a los brazos de la silla con todas mis fuerzas, como si Curry fuese a arrancarme de allí a tirones. Se sentó y me miró unos segundos con sus ojos acuosos de color avellana. Se aclaró la garganta, miró la foto de su mujer y sonrió como si fuese un médico a punto de dar malas noticias. A Curry le encantaba ladrar,



encajaba con su imagen de la vieja escuela de lo que debía ser un director de periódico, pero también era una de las personas más decentes que conocía.

—Escucha, hija, si no puedes hacer esto, no puedes hacerlo. Pero creo que podría ser bueno para ti, podría ayudarte a sacar mucha mierda fuera, a ponerte de nuevo en pie. Es una buena historia, maldita sea; la necesitamos. Tú la necesitas.

Curry siempre me había apoyado. Creía que iba a ser su mejor reportera, decía que tenía un cerebro portentoso. En los dos años que llevaba en aquel trabajo, yo había defraudado sistemáticamente sus expectativas. A veces de forma inexplicable. Y ahora lo tenía ahí delante, al otro lado de la mesa, suplicándome que le insufilase un poco de fe. Asentí con un gesto que esperaba que transmitiese confianza y seguridad.

—Iré a hacer las maletas.

Mis manos dejaron marcas de sudor en la silla.

No tenía animales de compañía de los que preocuparme, ni tampoco plantas que dejar a cargo de algún vecino. Metí en una bolsa de viaje ropa para cinco días, como para tranquilizarme con la idea de que estaría de vuelta de Wind Gap antes de que terminase la semana. Cuando eché un último vistazo al apartamento antes de salir, este se reveló tal como era ante mis ojos: parecía el piso de una universitaria, barato, transitorio y, sobre todo, falto de inspiración. Me prometí que invertiría en un sofá decente cuando volviese, como recompensa por la sensacional historia que estaba segura de conseguir.

Encima de la mesa, junto a la puerta, había una foto mía de cuando era casi una adolescente abrazando con fuerza a Marian, que debía de tener unos siete años. Las dos nos estamos riendo. Ella abre mucho los ojos por la sorpresa, mientras que yo los tengo completamente cerrados. La aprieto mucho contra mí, y las piernas cortas y escuálidas le cuelgan por delante de mis rodillas. No me acuerdo del momento en sí ni de que nos estamos riendo. Con



los años, se ha convertido en un plácido misterio. Creo que me gusta no saberlo.

Siempre me baño. No me gusta la ducha: no soporto el chorro directo del agua, es como si me diese un calambre en la piel, como si alguien hubiese accionado un interruptor eléctrico. Así que tapé la rejilla del desagüe con una fina toalla del motel, apunté con el grifo hacia la pared y me senté en los tres dedos de agua que se acumularon en el suelo. Los restos de vello púbico de algún huésped anterior aparecieron flotando en el agua.

Salí de la ducha. No había más toallas, así que corrí hasta la cama y me sequé con la manta barata de textura esponjosa. Luego me bebí un vaso de bourbon caliente y maldije la máquina de hielo.

Wind Gap está a unas once horas al sur de Chicago. Curry había tenido el detalle de darme dinero para pasar la noche en un motel y para el desayuno de la mañana, siempre que lo tomase en una gasolinera, pero cuando llegara a la ciudad, me quedaría en casa de mi madre. Eso lo había decidido él por mí. Yo sabía cómo iba a reaccionar ella cuando me viese aparecer en su puerta: se aturullaría por la impresión y se llevaría la mano al pelo, y luego me daría un abrazo torpe que me dejaría ligeramente desplazada a un lado. Comentaría lo desordenada que tenía la casa, lo cual no sería cierto. Y luego trataría de averiguar la duración de mi estancia con una pregunta envuelta en amabilidad y sutileza. «¿Por cuánto tiempo tendremos el placer de disfrutar de tu compañía, cariño?», diría, cuando en realidad quería decir: «¿Cuándo te vas?».

Es la cortesía lo que más me molesta.

Sabía que tenía que ordenar mis notas, prepararme algunas preguntas, pero en vez de eso bebí un poco más de bourbon, luego me tragué una aspirina y apagué la luz. Acunada por el húmedo ronroneo del aire acondicionado y por el rumor rítmico y eléctrico de algún videojuego en la habitación contigua, me que-

dé dormida. Solo estaba a unos cincuenta kilómetros de mi ciudad natal, pero necesitaba una última noche lejos de allí.

Por la mañana devoré un donut de gelatina de hacía varios días y tomé la carretera hacia el sur; la temperatura estaba subiendo rápidamente y la exuberante vegetación del bosque era imponente a ambos lados de la carretera. Esa parte de Missouri es inquietantemente llana: kilómetros y kilómetros de árboles nada majestuosos, solo interrumpidos por la delgada franja de autopista por la que circulaba. La misma escena se repetía cada dos minutos.

Wind Gap no puede verse de lejos porque su edificio más alto solo tiene tres plantas, pero después de conducir veinte minutos, supe que me estaba acercando. Primero apareció una gasolinera, delante de la cual se encontraba un grupo de adolescentes desaliñados, descamisados y aburridos. Cerca de una camioneta vieja había un crío en pañales que tiraba puñados de arena al aire mientras su madre llenaba el depósito. La mujer llevaba el pelo teñido de rubio platino, pero las raíces castañas le llegaban casi hasta las orejas. Al pasar con el coche, les gritó algo a los chicos, pero no pude oír lo que decía. Poco después, el bosque empezó a hacerse menos denso. Pasé junto a un desvencijado proyecto de centro comercial, con cabinas de bronceado, una armería y una tienda de tejidos. A continuación vi un solitario callejón sin salida flanqueado por casas viejas, que debían de haber formado parte de una urbanización que nunca llegó a construirse. Y, por último, la ciudad propiamente dicha.

Sin saber muy bien por qué, contuve la respiración al pasar junto al letrero que me daba la bienvenida a Wind Gap, igual que hacen los niños cuando pasan en coche junto a un cementerio. Hacía ocho años que no había estado allí, pero el paisaje despertó todos los recuerdos. Si seguía aquella carretera hacia abajo, encontraría la casa de mi profesora de piano de primaria, una antigua monja cuyo aliento olía a huevos. Aquel otro camino llevaba al parquecito donde me había fumado mi primer cigarrillo un

bochornoso día de verano. Si enfilaba aquella avenida, llegaría a Woodberry, y al hospital.

Decidí ir directamente a la comisaría. Quedaba al final de Main Street, que, haciendo honor a su nombre, era la calle principal de Wind Gap. En Main Street hay un salón de belleza y una ferretería, una tienda de oportunidades que se llama Oportunidades y una biblioteca con doce estanterías. También hay una tienda de ropa, Candy's Casuals, en la que se pueden comprar sudaderas, suéteres de cuello alto y jerséis con estampados de patitos y escuelas. La mayoría de las buenas mujeres de Wind Gap son maestras o madres, o trabajan en sitios como Candy's Casuals. Puede que dentro de unos años abra algún Starbucks, lo cual traerá a la ciudad lo que esta desea con toda su alma: modernidad generalista, previamente envasada y aprobada. Por ahora, sin embargo, solo hay un restaurante de mala muerte regentado por una familia de cuyo nombre no me acuerdo.

Main Street estaba vacía. No había coches ni gente. Un perro correteaba por la acera sin que lo llamase ningún dueño. Todas las farolas estaban empapeladas con lazos amarillos y fotocopias borrosas con la foto de una niña. Aparqué el coche y arranqué uno de los carteles, pegado torcido en una señal de stop a la altura de un niño. El cartel estaba hecho a mano, con la palabra DESAPARECIDA escrita en la parte superior en gruesas letras pintadas tal vez con rotulador. En la foto aparecía una niña de ojos oscuros y sonrisa asilvestrada, con demasiado pelo para su cabeza. La clase de niña que cualquier maestro describiría como «del montón». Me cayó bien.

Natalie Jane Keene

Edad: 10 años

Desaparecida desde el 11 de mayo

Vista por última vez en el Jacob J. Garrett Park;

llevaba unos shorts tejanos y una camiseta a rayas rojas

Llamar al 555-7377

Deseé que al entrar en la comisaría me dijese que Natalie Jane ya había aparecido. Que no había sufrido ningún daño. Que, por lo visto, se había perdido, o que se había torcido un tobillo en el bosque, o que se había escapado de casa y luego se lo había pensado mejor. Me subiría otra vez al coche y volvería a Chicago, y no haría falta que hablase con nadie.

Resultó que las calles estaban desiertas porque prácticamente media ciudad había salido a rastrear la zona boscosa al norte. La recepcionista de la comisaría me dijo que esperase, que el comisario jefe Bill Vickery volvería de almorzar enseguida. La sala de espera era tan falsamente acogedora como la de la consulta de un dentista; me senté en una silla y empecé a hojear un ejemplar de *Redbook*. Un ambientador enchufado a una toma en la pared despedía un olor a plástico que se suponía que debía recordarme a la brisa campestre. Media hora más tarde ya había hojeado tres revistas y empezaba a marearme por el olor. Cuando al fin entró Vickery, la recepcionista señaló hacia mí con la cabeza y susurró con un desprecio evidente:

—La prensa.

Vickery, un tipo delgado de unos cincuenta y pocos años, ya llevaba el uniforme empapado en sudor. Tenía la camisa pegada al pecho y los pantalones le formaban una arruga detrás, donde debería haber habido un trasero.

—¿La prensa? —Me miró por encima de unas amenazadoras lentes bifocales—. ¿Qué prensa?

—Comisario Vickery, soy Camille Preaker, del *Daily Post* de Chicago.

—¿Chicago? ¿Por qué ha venido hasta aquí desde Chicago?

—Me gustaría hablar con usted sobre las niñas, sobre Natalie Keene y la niña que fue asesinada el año pasado.

—Joder. ¿Cómo se han enterado de eso en Chicago? Joder...

Miró a la recepcionista y luego volvió a mirarme a mí, como si las dos nos hubiésemos conchabado. Luego me hizo una seña para que lo siguiera.

—Ruth, no me pases ninguna llamada.

La recepcionista puso los ojos en blanco.

Bill Vickery me condujo por un pasillo con las paredes forradas de madera y salpicadas de marcos baratos con fotos de truchas y caballos, y luego me hizo pasar a su despacho, que no tenía ventanas y que era, de hecho, un cuadrado diminuto repleto de archivadores metálicos. Se sentó y encendió un cigarrillo. No me ofreció uno.

—No quiero que esto salga a la luz, señorita. No tengo ninguna intención de dar publicidad a este asunto.

—Me temo, comisario Vickery, que no tiene elección. Hay niñas amenazadas. La gente debe ser alertada al respecto.

Era la frase que había estado ensayando todo el camino: así la culpa recaía directamente sobre los dioses.

—¿Y a usted qué le importa? No son sus hijas; son niñas de aquí, de Wind Gap. —Se levantó, volvió a sentarse y ordenó algunos papeles—. Estoy bastante seguro de que en Chicago nunca se habían preocupado antes por los niños de Wind Gap.

La voz se le quebró al final de la frase. Vickery dio una calada al cigarrillo, hizo girar el grueso anillo de oro que llevaba en el meñique y parpadeó rápidamente. De pronto me pregunté si no se iría a echar a llorar.

—Tiene razón, seguramente no, pero escúcheme: no va a ser una historia sensacionalista. Esto es importante. Si sirve para tranquilizarle, yo nací en Wind Gap.

«¿Lo ves, Curry? Hago todo lo que puedo.»

Volvió a mirarme y me escudriñó el rostro.

—¿Cómo se llama?

—Camille Preaker.

—¿Y cómo es que no la conozco?

—Porque nunca me he metido en líos, señor.

Le dediqué una leve sonrisa.

—¿El apellido de su familia es Preaker?

—Mi madre volvió a casarse hará unos veinticinco años. Adora y Alan Crellin.

—Ah, sí. A ellos sí los conozco. —A ellos todo el mundo los conocía. El dinero no era algo demasiado habitual en Wind Gap,

no el dinero a espuertas—. Pero sigo sin quererla por aquí, señorita Preaker. Si escribe ese artículo, de ahora en adelante la gente solo nos conocerá por... esto.

—A lo mejor un poco de publicidad serviría de ayuda —le sugerí—. Ha servido en otros casos.

Vickery permaneció callado un segundo, con la mirada perdida en la bolsa arrugada de papel marrón de su almuerzo en un extremo de la mesa. Olía a salchicha ahumada. Masculló algo sobre JonBenet y toda esa mierda.

—No, gracias, señorita Preaker. Y no hay comentarios. No haré ningún comentario sobre las investigaciones en curso. Puede citar mis palabras.

—Escuche, tengo derecho a estar aquí. No nos pongamos las cosas difíciles: usted me proporciona alguna información, la que sea, y luego yo me apartaré de su camino. No quiero dificultarle su trabajo, pero necesito hacer el mío.

Era otra frasecita que había ido acuñando por el camino, más o menos a la altura de Saint Louis.

Me marché de la comisaría con la fotocopia de un mapa de Wind Gap en el que el comisario Vickery había señalado con una equis diminuta el lugar donde había sido encontrado el cuerpo de la niña asesinada el año anterior.

Ann Nash, de nueve años, había sido hallada muerta el 27 de agosto en Falls Creek, un riachuelo ruidoso y de cauce irregular que atravesaba el bosque de North Woods. Desde la noche del 26 de agosto, cuando se produjo la desaparición, una partida de búsqueda había estado peinando el bosque, pero fueron unos cazadores los que se toparon con el cadáver poco después de las cinco de la madrugada. Alguien la había estrangulado hacia la medianoche con una cuerda de tender, con la que le había rodeado el cuello dos veces. Luego la había arrojado al arroyo, que llevaba muy poco caudal a causa de la pertinaz sequía estival. La cuerda se había quedado enganchada en una enorme roca y el cuerpo de la niña había pasado la noche flotando lánguidamente a merced de la corriente. El funeral se celebró con el ataúd

cerrado. Esa fue toda la información que Vickery estuvo dispuesto a darme, y necesité una hora entera de preguntas para sonsacársela.

Usé el teléfono público de la biblioteca para marcar el número que aparecía en el cartel de la farola. Una voz de mujer mayor lo identificó como la «Línea de Ayuda para Natalie Keene», pero pude oír de fondo el traqueteo de un lavaplatos. La mujer me informó de que, por lo que ella sabía, la búsqueda aún continuaba en la zona de North Woods. Quienes quisieran ayudar debían dirigirse a la carretera de acceso principal y llevar su propia agua. Se esperaban temperaturas récord ese día.

En el punto de encuentro había cuatro chicas rubias sentadas hieráticamente encima de un mantel de picnic extendido bajo el sol. Señalaron hacia una de las pistas forestales y me dijeron que caminase hasta que encontrase al grupo.

—¿Y usted qué hace aquí? —preguntó la más guapa.

Su cara arrebolada tenía la redondez típica de una cría que acaba de entrar en la adolescencia y llevaba el pelo recogido con lazos, pero sus pechos, que exhibía orgullosamente irguiendo la espalda, eran los de una mujer hecha y derecha. Una mujer hecha y derecha con mucha suerte. Sonreía como si me conociese, algo imposible puesto que la última vez que yo había estado en Wind Gap ella debía de ir todavía al parvulario. Pese a todo, me resultaba familiar. Tal vez fuera la hija de una de mis antiguas compañeras de clase; la edad se correspondía con la de alguna que se hubiese quedado preñada justo después de acabar el instituto. Lo cual no era demasiado improbable.

—Solo he venido a ayudar —contesté.

—Ya —repuso ella con una mueca, y me despidió centrando todo su interés en quitarse la laca de una uña del pie.

Dejé atrás el crujido de la gravilla caliente para adentrarme en el bosque, donde el calor era aún más sofocante. La humedad del aire era selvática. Los arbustos de vara de oro y zumaque me roza-

ban los tobillos, y las esponjosas semillas de álamo de Virginia flotaban por todas partes, se me colaban en la boca y se me adherían a los brazos. De pronto me acordé de que, de niña, las llamábamos vestidos de hada.

A lo lejos oí las voces de la gente llamando a gritos a Natalie, las tres sílabas ascendiendo y descendiendo como en una canción. Después de diez minutos de esforzada caminata los vi: medio centenar de personas que avanzaban en largas hileras, rebuscando entre la maleza con palos.

—¡Hola! ¿Alguna novedad? —preguntó un hombre de oronda barriga cerca de donde yo estaba.

Abandoné el camino y me abrí paso entre los árboles hasta que lo alcancé.

—¿Puedo ayudar?

Todavía no estaba lista para sacar mi cuaderno de notas.

—Puede caminar a mi lado —dijo—. Nunca está de más la ayuda de otra persona, así se cubre más terreno.

Avanzamos en silencio unos minutos, con algunas pausas ocasionales de mi compañero, que se detenía a aclararse la garganta con un carraspeo áspero y húmedo.

—A veces pienso que lo que tendríamos que hacer es quemar este bosque —soltó de improviso—. Es como si nunca pasara nada bueno en él. ¿Es usted amiga de los Keene?

—La verdad es que soy periodista. Del *Daily Post* de Chicago.

—Mmm... Vaya, vaya, ¿qué te parece? ¿Y va a escribir sobre esto?

Un súbito aullido resonó entre los árboles, un grito femenino:

—¡Natalie!

Me empezaron a sudar las manos a medida que nos acercábamos al lugar de donde procedía el grito. Vi avanzar hacia nosotros unas figuras tambaleantes. Una adolescente con el pelo rubio platino pasó junto a nosotros en dirección al sendero, con el rostro encendido y corriendo con todas sus fuerzas. Se tambaleaba como un borracho histérico, mientras gritaba el nombre de Natalie al

cielo. Un hombre mayor, tal vez su padre, le dio alcance, la abrazó y empezó a alejarla del bosque.

—¿La han encontrado? —preguntó mi amigo.

Una negación colectiva con la cabeza.

—Se habrá asustado, supongo —explicó otro hombre—. Demasiado para ella. Aunque las niñas no deberían estar aquí, la verdad, tal y como están las cosas...

El hombre me lanzó una mirada elocuente, se quitó la gorra de béisbol para enjugarse la frente y luego se puso de nuevo a rebuscar entre la maleza.

—Una tarea muy triste —dijo mi compañero—. Un momento muy triste.

Avanzamos despacio. Aparté de un puntapié una lata de cerveza oxidada, luego otra. Un pájaro solitario pasó volando a la altura de los ojos y luego remontó y se lanzó hacia las copas de los árboles. Un saltamontes aterrizó de golpe en mi muñeca. Algo mágico y escalofriante.

—¿Le importa si le pregunto cuáles son sus impresiones sobre todo esto?

Saqué mi libreta y alisé la hoja en blanco.

—No sé qué interés tiene lo que pueda decirle yo.

—Solo dígame qué piensa. Dos niñas en una ciudad pequeña...

—Bueno, no se sabe si ambos casos están relacionados, ¿no? A menos que usted sepa algo que yo no sé. Por lo que sabemos de momento, Natalie aparecerá sana y salva. No han pasado ni siquiera dos días.

—¿Circula alguna teoría sobre Ann? —quise saber.

—Que algún pirado, algún loco debió de hacerlo. Un tipo está de paso por la ciudad, se olvida de tomarse las pastillas y empieza a oír voces. Algo así.

—¿Y por qué dice eso?

Se detuvo, extrajo un paquete de tabaco de mascar del bolsillo trasero de los pantalones, se echó un puñado en las encías y se puso a masticarlo hasta que le sacó la primera gota de jugo. Empecé a sentir un cosquilleo en la boca, por empatía.



—¿Y por qué otra razón le arrancaría alguien los dientes a una niña muerta?

—¿Le arrancó los dientes?

—Todos menos la parte posterior de una muela de leche.

Al cabo de otra hora sin resultados y sin obtener mucha más información, dejé a mi compañero, Ronald Kamens («Escriba también la inicial de mi segundo nombre, haga el favor: J.»), y caminé en dirección sur hacia el lugar donde habían hallado el cuerpo de Ann el año anterior. Pasaron quince minutos hasta que el sonido del nombre de Natalie se extinguió del todo. Al cabo de diez minutos más de caminata, oí el ruido de Falls Creek, el reclamo cristalino del agua.

Habría sido una tarea trabajosa transportar a una niña por aquel bosque: las ramas y la hojarasca invaden el camino y las raíces de los árboles sobresalen del suelo. Si Ann era una auténtica niña de Wind Gap, una ciudad que exige feminidad en grado sumo a su sexo débil, seguramente llevaba el pelo largo hasta la cintura. Se le habría enredado en los arbustos del camino. No dejaba de confundir todo el rato las telarañas con cabellos brillantes prendidos de las ramas.

La hierba todavía estaba aplastada en el lugar donde el cuerpo había sido descubierto, removida con un rastrillo en busca de posibles pistas. Había unas cuantas colillas recientes que los curiosos habían dejado allí. Chiquillos aburridos que se asustaban mutuamente con visiones de un loco que aparecía con unos dientes sangrientos en la mano.

En el arroyo había habido una hilera de piedras donde se habría enganchado la cuerda de tender que rodeaba el cuello de Ann, dejándola allí amarrada y flotando a merced de la corriente como los condenados a muerte durante media noche. Ahora solo había agua limpia y lisa que fluía sobre el lecho arenoso. El señor Ronald J. Kamens se había mostrado muy orgulloso al relatarme que los vecinos habían sacado las piedras del arroyo, las habían cargado en la




parte de atrás de una camioneta y, una vez en las afueras de la ciudad, las habían destrozado hasta pulverizarlas. Había sido un conmovedor acto de fe, como si con aquella destrucción pudiesen conjurar futuros males y desgracias. Por lo visto, no había funcionado.

Me senté a la orilla del arroyo y coloqué las palmas de las manos sobre el fondo pedregoso. Me llevé una piedra lisa y cálida a la mejilla y la apreté contra ella. Me pregunté si Ann habría ido allí alguna vez cuando estaba viva. A lo mejor la nueva generación de niños y niñas de Wind Gap había encontrado formas más interesantes de matar el tiempo en verano. Cuando yo era pequeña, nadábamos en un lugar río abajo, justo donde unas enormes rocas planas formaban remansos cerrados y poco profundos. Los cangrejos pasaban rozándonos los pies y nosotros nos abalanzábamos sobre ellos, y chillábamos si llegábamos a tocar alguno. Nadie llevaba bañador, eso requería demasiada planificación. En vez de eso, volvíamos a casa pedaleando en bicicleta con los pantalones cortos y las camisetas chorreando, sacudiendo la cabeza como perros empapados.

A veces los chicos mayores, pertrechados con escopetas y cervezas robadas, atravesaban chapoteando la charca en su camino para cazar ardillas voladoras y liebres. De los cinturones les colgaban piezas de carne ensangrentada. Aquellos muchachos, chulitos, siempre cabreados y apestando a sudor, agresivamente ajenos a nuestra existencia, siempre me imponían. Existen diferentes clases de caza, ahora lo sé. El caballero aficionado a la caza mayor con ínfulas de Teddy Roosevelt, que se retira tras un día en el campo con un refrescante gin-tonic, no es la clase de cazador con la que crecí. Los chicos que yo conocía, y que empezaban tan jóvenes, eran cazadores ávidos de sangre: iban detrás de esa sacudida mortal del animal que recibe un disparo, el animal que huye con la agilidad sedosa del agua y que, un segundo después, cae derribado por la bala.

Cuando aún estaba en primaria, tendría unos doce años, entré en la cabaña de caza de un chico vecino, un cobertizo de tablones de madera donde desollaba y descuartizaba a los animales. Tiras de



carne húmeda y rosada pendían de varios cordeles, esperando a secarse para convertirse en cecina. La tierra del suelo estaba apelmazada por la sangre. Las paredes estaban cubiertas de fotografías de mujeres desnudas. Algunas se abrían completamente de piernas, otras eran sujetadas por detrás y penetradas. En una foto había una mujer atada, con los ojos vidriosos y los pechos colgando y venosos como uvas, mientras un hombre se la metía por detrás. Podía olerlos a todos en aquel aire espeso y sanguinolento.

Cuando volví a casa esa noche, deslicé un dedo por debajo de las bragas y me masturbé por primera vez, jadeando y asqueada.